

CAPITULO XI

ACCIÓN DE LA IGLESIA

(Continuación)

NO BASTA el estudio de la sociedad política para poder apreciar la profundidad de la acción de la Iglesia sobre los bárbaros, pues tal estudio no nos muestra más que su parte exterior. Si se quiere tener idea justa de los recursos de que la Iglesia disponía para su obra civilizadora, hay que abandonar aquel mundo tumultuoso y anárquico, que le da una hospitalidad llena de vicisitudes, y observarla en su casa, al pie de los altares, en el interior de sus claustros y en el corazón de sus santos. Hay que penetrar en el centro ardiente y luminoso de la vida religiosa para darse cuenta de la vitalidad intensa que allí reina: allí es donde se puede apreciar la riqueza de la sangre que va a llenar y vivificar sus venas. ¿Cuál es el valor de tal sangre? ¿Se renueva bastante rápidamente para reparar las fuerzas que agota sin interrupción aquella lucha encarnizada? Todo estriba en esto, y de la solución dada a este problema de vida o muerte dependerá el porvenir de la civilización.

Al abordar el estudio de la vida interior de la Iglesia, se da una cuenta de que, bajo el barro que desde fuera la ha salpicado, oculta en su seno una provisión inagotable de virtudes y de fuerzas morales, cuya fuente viva, que desciende de las alturas misteriosas de la gracia, no cesa de correr por sus miembros y de fecundar todo su cuerpo. A la sombra de los templos, lejos del mundo que ni las conoce ni las sospecha, pero que influyen sobre él sin que lo sienta, millares de almas humildes y dulces, dóciles a la voz de Jesucristo, aspiran a realizar los consejos evangélicos y a alcanzar la perfección. Cada generación las ve brotar como flores alrededor de los santuarios; queda uno a la vez admirado de su número y arrobado del contraste que presentan con la multitud de almas feroces y frenéticas entre las cuales vive. Mientras que la masa de los bárbaros conserva todos los vicios del paganismo o abandona muy a pesar suyo una pequeña parte de ellos, aquella milicia escogida cifra su gloria y su felicidad en dejarse modelar enteramente por la ley de Dios.

Entre los muchos que son cristianos por el bautismo representa la parte escogida de los que lo son por el espíritu; se recluta por doquier, sin distinción de sexo, edad, nacionalidad ni condición social. Clérigos y seglares, bárbaros y romanos, reyes y esclavos, se reunían bajo los ojos de Dios en aquella legión de la santidad, bebiendo en las mismas fuentes y nutriéndose con las mismas enseñanzas. Aun cuando las innumerables vicisitudes de las cosas humanas hubiesen creado entre ellos alguna diversidad, perseguían todos por los mismos medios el fin que el Evangelio asigna a todos los esfuerzos de los hombres: la salvación eterna. Como sus antecesores habían huído del edificio ruinoso del mundo antiguo, así también, y por las mismas razones, huían éstos de la sociedad naciente. En medio de todos los encantos de la existencia, en la flor de la juventud y de la belleza, distribuían sus bienes a los pobres, se despedían de sus padres y, renunciando a su parte del festín, desaparecían de la escena de la vida social.

Sabido es qué encanto encerraba para las almas fuertes aquella existencia en la soledad bajo los ojos de Dios; encontraban allí los solitarios tales delicias, que sentían compasión por las llamadas alegrías del mundo. La lectura de los escritos monásticos de Oriente y las narraciones de los peregrinos que habían visto a los monjes de Nitria o de Palestina les proporcionaban ejemplos que agradaban a su imaginación y que alimentaban su amor a la mortificación y al retiro. Muchos de entre ellos escogían en medio de las rocas más abruptas alguna caverna suspendida entre cielo y tierra, a donde manos amigas les hacían llegar el pan por medio de una cuerda y en donde, absortos en la oración y en meditaciones interminables, veían transcurrir los años, olvidándose de contar sus días.

El mundo se encontraba a veces, de modo inesperado, con estos tráfugas de la sociedad. Más de una leyenda de la época merovingia nos muestra a un cazador corriendo a través de los bosques en persecución de animales feroces, y tropezando con alguna choza tosca en donde se ocultaba un ser humano que le hablaba, desde lo íntimo de aquella soledad religiosa, con la majestad de un enviado de Dios. El bárbaro doblaba la cabeza bajo la mano del asceta, y se alejaba llevando en su corazón el recuerdo imperecedero de su entrevista con el hombre de la eternidad. Se contaban mil cosas conmovedoras y maravillosas de aquellos santos solitarios, que habían vuelto a encontrar, según se decía, con la inocencia primitiva, la autoridad dada al principio del mundo a los hijos de Adán sobre la creación entera. Mandaban a la naturaleza, y ésta les obedecía; los

osos y los ciervos se convertían en fieles compañeros suyos; los cuervos les llevaban su alimento cotidiano; los pájaros iban a comer en sus manos; los enjambres de abejas les seguían en sus emigraciones, y los animales venenosos desaparecían de las tierras en donde posaban sus plantas.

En el fervor de un entusiasmo joven e indisciplinado, no hay que extrañar que aquellos amantes de la mortificación cristiana no hayan respetado siempre la medida. Había algunos que, bajo el clima del Norte, renovaban los admirables ejercicios de los estilitas de Oriente: de pie sobre una columna, en medio de los rigores del invierno que les congelaban la barba y les hacían caer las uñas de los pies, eran objeto de una veneración casi supersticiosa para las poblaciones de los alrededores, a quienes predicaban el Evangelio¹. Otros se encerraban de por vida en estrechas celdas, a las que se ligaban ellos mismos con pesadas cadenas, viviendo y muriendo en los lazos de una esclavitud voluntaria. La prudencia de los santos hubo de intervenir más de una vez para templar aquellos desbordamientos de un celo irreflexivo; ella hacía bajar a Wulfilaico de su columna, y ella también, por boca de San Benito, decía a los encadenados: "Si queréis ser verdaderos siervos de Dios, cargaos con las cadenas de Jesucristo y no con cadenas de hierro"².

Hay que notar, por otra parte, que los anacoretas o ermitaños eran una excepción entre los monjes, pues la soledad absoluta que practicaban no era de ordinario sino el prólogo o el epílogo de las grandes carreras monásticas; en realidad, la vida religiosa del Occidente vino a parar muy pronto en la preponderancia del régimen cenobítico, es decir, en la vida en común de los monjes. Alrededor de algún asceta ilustre se reunían discípulos atraídos por el renombre de su santidad, que le veneraban como a un padre y que modelaban su existencia de acuerdo con la del maestro; necesitaba éste entonces preocuparse de aquel pequeño rebaño y proporcionarle techo; el solitario, convertido en pastor, se dedicaba a buscar un sitio a propósito para la construcción de una ciudad monástica. A menudo, una visión o cualquiera otra circunstancia sobrenatural determinaba su emplazamiento, y un maravilloso instinto de las necesidades de la comunidad presidía siempre a la elección, por espantoso que pudiera ser a primera vista el aspecto del lugar. Casi siempre era en el seno de tupidos bosques, en las ásperas gargantas de las montañas o en valles pantanosos, o también sobre las siniestras ruinas de al-

¹ GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.*, VIII, 15.

² S. GREG. MAGN., *Dial.*, III, 16.

gún edificio antiguo, en donde se fundaba la pequeña colonia: *in locis vastae solitudinis*¹, como dicen las cartas de fundación, que intentan en vano, con tan bárbara redundancia, dar la sensación de espanto con que había uno de aventurarse allí.

Era frecuente que el espíritu maligno persiguiese a los piadosos colonizadores en aquellos retiros desolados: oían resonar gritos en el silencio de la noche, les asustaba con visiones nocturnas, e intentaba desanimarles suscitando mil obstáculos ante sus pasos²; pero, al reconocer su mano en las contrariedades con que tropezaban en su empresa, no se dejaban abatir. Plantaban la cruz, despejaban por el hierro y el fuego un vasto espacio, desbrozaban los claros conseguidos, ponían cimientos, construían oratorios y celdas, inauguraban desde los primeros días la vida monástica, y muy pronto prosperaba la comunidad en el desierto, como planta sobria y robusta que devuelve al suelo más de lo que le pide³.

He aquí el espectáculo de que fué testigo en esta época toda la Europa cristiana. En mil puntos a la vez —en Galia, en España, en Italia, en las islas Británicas— la selva inmensa se abría a la luz y a la vida, y el ruido del hacha, resonando a través de sus vastos silencios, parecía llevar de una a otra fundación la voz tranquilizadora del trabajo humano. Limitado hasta fines del siglo vi a las provincias de lengua romana, el movimiento monástico se propagó a partir del siglo vii a los otros pueblos recién convertidos al cristianismo. Bélgica, las riberas del Rin y Bretaña rivalizaron con Italia y la Galia meridional. Irlanda enviaba al continente una legión de apóstoles ardientes y entusiastas que difundían la vida en común por los Países Bajos, Borgoña, Suiza y Alemania meridional. Por su parte, la Aquitania, país de antigua cultura, en donde el cristianismo florecía desde hacía largo tiempo, enviaba hacia el norte un número escogido de religiosos que practicaban allí las austeridades del ascetismo en medio de las fatigas del episcopado. En aquel impulso universal parecía como si las nacionalidades quisieran salirse de sí mismas para fundirse unas en otras y reconstituirse bajo la forma de pequeñas ciudades espirituales en que la caridad diese el derecho de ciudadanía a todos los hombres.

Aquellos grupos monásticos, aislados unos de otros y obligados a sacar todos sus recursos de sí mismos, despleaban una maravillosa

¹ Diploma de fundación de Stavelot, año 651. (HALKIN y ROLAND, *Recueil des chartes de l'abbaye de Stavelot-Malmedy*, tomo I, pág. 6.

² *Vita S. Galli*; GREG. TUR., *Vita Patr.* I, 1.

³ *Vita S. Galli*, pág. 8; *Translat. S. Viti*, pág. 579. (PERTZ, *Script.*, tomo II.)

fuerza de cohesión y una vitalidad sin igual. Procediendo inmediatamente del puro principio cristiano, le eran deudores de aquel orden perfecto que se notaba en ellos, y que era tanto más admirable cuanto que lo realizaban en un medio tan anárquico. Una legislación que tomaba por base los consejos evangélicos regulaba sus pensamientos y sus actos y dirigía todas las voluntades hacia el fin supremo: la salvación eterna. Como en Oriente, los santos iniciadores de la vida monástica en el Occidente, San Agustín, San Cesáreo, San Colombano, habían fijado por escrito los puntos esenciales de aquella legislación, y la veneración que inspiraban había ensanchado muy pronto el campo de mandato de la regla¹. Cuando se fundaba un monasterio nuevo, tomaba voluntariamente como carta constitutiva una de aquellas reglas locales, o, mejor aún, combinaba todas las que existían, intentando fundirlas en un solo cuerpo.

De entre todas, hubo dos legislaciones monásticas que parecieron disputarse durante algún tiempo el Occidente: la de San Colombano y la de San Benito. Pero Colombano era un maestro demasiado austero: le faltaba indulgencia y quizá ternura, prodigaba los castigos corporales, y la multitud y dificultad de las obligaciones que imponía a sus discípulos desanimaban a la larga a aquellos a quienes atraían la grandeza ideal de su carácter y el admirable prestigio de sus virtudes; fué, sobre todo, un iniciador poderoso, pero el verdadero patriarca de los monasterios de Occidente fué San Benito. Su regla era la más sabia que había aparecido; se distinguía por un raro carácter de prudencia y de buen sentido, y por la perfecta comprensión de todas las necesidades, y también de todas las debilidades, del alma humana. Austera, y exigiendo de parte del hombre esfuerzos vigorosos, guardábase sin embargo de sacrificar nada a los excesos peligrosos de un entusiasmo irreflexivo, no queriendo ser más que un pequeño comienzo de la vida cristiana². Todos sus preceptos se hallaban dominados por la gran preocupación del perfeccionamiento del individuo. Así llegó a sustituir a las demás legislaciones monásticas de modo tan completo, que fué durante los primeros cinco siglos de la Edad Media el código monástico por excelencia, y todas las nuevas reglas parecen haber querido inspirarse en sus lecciones.

La historia de la civilización no puede menos de estudiar una ley que durante tanto tiempo ha dirigido la vida de las almas más elevadas y puras de la sociedad cristiana. Penetremos, pues, para com-

¹ GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.*, X, 29. ² *Regul. S. Benedict.*, c. 73.

prender su esencia, en uno de aquellos lugares en que, haciendo cesar todas las influencias exteriores, la regla sola va a apoderarse del individuo y a rehacerlo —digámoslo así— por completo. Evidentemente, para vivir en el claustro y someterse a su régimen es necesario un dominio sobre sí mismo que no se encuentra en cualquiera; el que aspire a la perfección debe despreciar al mundo, renunciar a su familia, a sus bienes y a su voluntad, despojándose por entero del hombre viejo, y no siendo, en una palabra, más que un alma nueva y desnuda que todo lo espera de la gracia de Dios. Si no puede hacerse frente a este terrible compromiso, cuyas cláusulas recuerda al novicio una lectura frecuente de la regla, es que no está llamado a la vida religiosa. Sólo es admitido aquel que, después de haber reflexionado y orado, se siente con el valor de consumir, por fin, mediante juramento solemne prestado en manos del abad, el acto grandioso que constituye la abdicación de sí mismo.

En efecto, en la aniquilación de la propia voluntad, en vista de la perfección moral, es en lo que se reconoce al monje verdadero; todo lo que se le ordene dentro de los límites de la conciencia y de la religión ha de ejecutarlo, aun cuando le parezca imposible. Esto no significa que la autoridad del abad sea absoluta o arbitraria; es la de un padre y no la de un señor. Elegido libremente por la comunidad, debe dejarse guiar, en las medidas que tome, por la sola consideración del interés común y del bien espiritual de las almas; es responsable ante Dios del rebaño cuya dirección tiene, y en su conciencia encuentra la garantía mejor contra sus propios abusos. Además, está obligado a consultar a sus hermanos en las resoluciones más importantes, y, si se trata de cosas accesorias, debe por lo menos tomar el parecer de los más ancianos. No tiene derecho a castigar a los delincuentes como le agrada, sino que debe primero amonestarles en secreto, y sólo puede imponerle una reprensión pública si el culpable se obstina. Si persiste en su falta, se le separa de los otros hermanos; después de lo cual, si no se enmienda, se procede a la corrección corporal; por último, si todos los medios resultan impotentes, se le abandona a sí mismo y se le arroja de la comunidad.

Para los monjes, el día transcurre silencioso y lleno de recogimiento, ocupados en el trabajo, con el cual alternan la oración; se levantan antes de romper el día, entonan en la oscuridad alabanzas a Dios, y después se entregan a la tarea ordinaria del día, alternando la lectura con el trabajo manual. La obligación de la lectura imponía al monje, como necesidad imperiosa, el conocimiento de las

letras, pues mientras no lo había adquirido, no podía participar por completo en la vida de su orden; por él penetraba en el mundo sagrado de la tradición cristiana; sus estudios se referían sobre todo a los Libros Sagrados y a los Santos Padres, y nutrían su espíritu con la sustancia del pensamiento religioso. El libro de cabecera del monje, el que cantaba en los oficios, el que meditaba en su celda, el que se le recomendaba que supiese de memoria y que recitase por completo al menos una vez por semana, eran los salmos de David, ese precioso depósito de las lágrimas más puras del alma, ese libro incomparable en que la oración reviste la forma más sublime que jamás haya tenido en labios humanos. En esta perpetua comunicación con los grandes espíritus de la humanidad, hasta la inteligencia más inculta perdía cada día algo de su rudeza y de su ignorancia, y sufría, sin darse cuenta de ello, un trabajo de roturación cuyos frutos debía recoger el porvenir.

A pesar de la insistencia con que la regla inculcaba la obligación de la lectura y del estudio, estipulaba sabiamente que la mayor parte del día se consagrara al trabajo manual; ocupaba éste siete horas diarias, mientras que a la lectura sólo se reservaban dos. Esclavos voluntarios de la fatiga, los monjes se sometían con gozo a todas las labores penosas, que tanto los romanos como los bárbaros miraban con horror, y las manos encallecidas por el trabajo no eran para ellos objeto de menosprecio. Tomaban parte sucesivamente en las diversas faenas de la vida doméstica, y ejercían todos los oficios, desde los más groseros hasta los que confinaban con el arte mismo: arquitectos, albañiles, herreros, carpinteros, tejedores, sastres, cocineros y peones de todas clases, pues los monjes nunca empleaban obreros extraños para sus tareas, cualesquiera que fueran éstas.

De todas las formas de tan variada actividad hay dos que ofrecen interés especialísimo para la historia de la civilización: el trabajo agrícola y la copia de manuscritos. Eran empleados en esta última ocupación los novicios y aquellos cuyas fuerzas no podían soportar el rudo trabajo del campo. Reunidos en el tranquilo abrigo del *scriptorium*, copiaban, unos solos y otros en grupos al dictado de algún hermano, aquellos manuscritos que contenían unas veces los oráculos de la divina sabiduría y otras los ecos de la elocuencia pagana. Cicerón y Virgilio revivían con San Jerónimo y San Agustín bajo las plumas laboriosas que caminaban lentamente a través de los senderos paralelos del pergamino, transmitiendo a la posteridad los tesoros intelectuales del mundo antiguo desaparecido. Cualesquiera que pudieran ser los fastidios y las repugnancias de este trabajo,

se entregaban a él con celo y convicción, porque encontraban la satisfacción del deber cumplido, y quizá también a veces por presentir la grandeza de la obra de que eran humildes obreros. Un proverbio monástico decía: "Da uno al diablo tantos golpes como letras traza en el pergamino"¹. ¡Noble pensamiento que ha sostenido el valor de los copistas, y al cual debemos la conservación de los monumentos de la inteligencia antigua!

La agricultura ocupaba en la economía de la vida monástica un lugar todavía más grande, pues era la forma de trabajo más normal, habitual, generalizada y necesaria; de ella procedían los recursos más sólidos de la comunidad, pero era muy penosa, dadas las condiciones en que trabajaban la mayoría de los monasterios. En general era un verdadero combate el que emprendían con el suelo; eran muchos los sudores que debían regar la gleba virgen o los troncos del bosque descujados antes de que los surcos consintiesen en abrir su seno y en dar mieses. Pelotones enteros de monjes, inclinados todo el día sobre una tierra ingrata, rompían su corteza y luchaban contra su esterilidad; el hacha y el arado, esas dos armas pacíficas de la civilización, se encarnizaban sin descanso contra la tenaz resistencia del suelo y del bosque. El monje, semejante al legionario romano, aportaba a aquella empresa una paciencia tranquila y continua, unida a una energía disciplinada que triunfaba de todo. Tales fatigas eran sanas y fortificantes; ahuyentaban las ideas frívolas y los pensamientos malsanos, mantenían el equilibrio entre el cuerpo y el alma, templaban la naturaleza humana con ejercicios viriles e infundían en las almas más humildes el sentimiento de su dignidad, nacido de la conciencia que tenían de ser útiles para algo.

En lugar del bárbaro brutal y cruel que unos siglos antes vagaba por estas mismas selvas como animal feroz, derramando sangre sólo por diversión, se complace uno en figurarse aquellos humildes y dulces labradores que marchan recogidos y pacíficos, dejando tras sí un suelo embellecido y una tierra fertilizada. ¿Quién es aquel hombre vestido de cogulla que agujonea ante él a una yunta de bueyes y que, al mismo tiempo que guía sus bestias, sostiene con una de sus manos unas tablillas enceradas con las que se ejercita en adquirir el conocimiento elemental de las letras? Es un joven llamado Wulmar; pertenece a una ilustre familia franca, y mientras vivió en el mundo hubiera considerado como igualmente indignos de él la

¹ *Tot enim vulnera Satanas accipit bit. CASSIOD., De Instit. divin. litt., c. 30. quot antiquarius Domini verba descri-*

aguijada del boyero y el estilete del copista. Ahí está, convertido en monje, y su biógrafo, levantando un trozo del velo que cubre su vida laboriosa, nos la muestra resumida toda entera en aquel esfuerzo generoso que hace para vencer a la vez la barbarie de la tierra y la de su inteligencia ¹.

Cuando, llegada la noche, la hora de la cena reunía en el mismo refectorio a los trabajadores esparcidos por las celdas, los campos y los bosques, todos se sentaban con placer alrededor de la mesa común. La carne estaba desterrada de la frugal comida de los ascetas, y las conversaciones, ociosas allí, eran sustituidas por la lectura en alta voz, con lo que el espíritu se confortaba a la vez que el cuerpo. Por última vez las alabanzas a Dios reunían a los hermanos al pie del altar, para encaminarse después al dormitorio común a disfrutar del rápido descanso del trabajador. Dormían vestidos, como soldados en vísperas del combate; la lámpara ardía toda la noche, y en más de un monasterio, mientras el sueño descendía sobre tantos párpados cansados, la palabra del lector se elevaba en el silencio, como la voz infatigable de la eternidad ².

Todos los días del año se asemejaban al descrito, con la única diferencia del acrecentamiento de austeridades cuando llegaban sus épocas más solemnes. A las grandes fiestas no acompañaban frívolos recreos, y la tranquila uniformidad de la existencia monástica no conocía interrupción. Ligado para toda la vida a la ley que él mismo se había impuesto, el monje no salía del recinto de su convento sino por razones muy graves, y hasta cuando emprendía algún viaje llevaba, por decirlo así, su atmósfera con él, apresurándose a volver a su querido oasis en donde estaba su familia espiritual y su celda, que era su paraíso. No abandonaba esta dulce morada más que para ir a dormir, esperando el día de la resurrección, en el cementerio-jardín que rodeaba su iglesia, a la sombra de aquellos sagrados muros que habían cobijado su oscuro paso por esta vida.

Es verdad que había en aquella vida enteramente espiritual algo indicadísimo para aturdir a la sensualidad bárbara, y comprende uno qué impresión de sorpresa y de espanto produciría desde el primer momento el monje a los germanos; a estos hombres, tan orgullosos de su independencia soberana, tan apasionados por las distracciones ásperas y fuertes de los sentidos, tan alejados de todo lo que costase sudor, no había de serles fácil doblar su voluntad ante la de otro, renunciar a todos los goces que esperaban de la vida e

¹ *Vita Wulmari*, c. 1.

² Conc. II, Tur., c. 14.

imponerse el yugo de un trabajo tan penoso como humillante. Pero precisamente esta sublime elevación del ideal monástico fué lo que apasionó entre los bárbaros a las almas escogidas; se dejaron seducir por el lado heroico de una vida tan nueva y tan extraña, y sin regatear con el Dios que les llamaba, se dieron por entero a Él con el ardor de su entusiasmo juvenil. Un impulso generoso arrastró a la soledad a los más distinguidos; ni la juventud, ni la belleza, ni las riquezas ni el poder prevalecieron contra el atractivo del ascetismo cristiano; los propios reyes renunciaban a su trono, a su prometida y a su patria para ir a esconder bajo la librea de la servidumbre monástica una carrera que se les abría llena de gloria y de prosperidad. Sólo Inglaterra dió al claustro, durante los dos primeros siglos subsiguientes a su conversión, treinta reyes y treinta reinas, y la mayoría de los monjes ilustres tenían en sus venas la sangre más noble del país. Entre los francos se vió a San Arnulfo de Metz, llegado al apogeo del poder, despedirse de la corte a pesar de las súplicas de su rey y retirarse a una austera soledad, donde, rodeado de miserables, leprosos y enfermos, a los que servía como si fuese su esclavo, expiró, ignorado y pobre, él, que había tenido en sus manos los destinos de Austrasia y Neustria.

Santa Radegunda, nacida en medio de una familia real cuyos miembros se mataban unos a otros, florece en aquel tronco rugoso como la rosa del Evangelio en las espinas de la barbarie; en un siglo que ve a las sirvientas llegar a reinas a costa de todos los crímenes, hay que admirar a una reina que se convierte en sierva por amor a Jesucristo; huyendo del tálamo impuro de Clotario I, se refugia en Poitiers, donde cambia el manto real por el velo de religiosa, se somete a la autoridad de una abadesa en el monasterio que ella misma había creado, y se consagra a las ocupaciones más humildes y repugnantes. Tenía pasión por los pobres y los enfermos; lavaba y curaba sus llagas más asquerosas, y, al mismo tiempo que se quedaba en ayunas, servía a la mesa, cortaba la carne y ponía las cucharadas en la boca de los enfermos. Se alimentaba con pan seco y legumbres, no bebía más que agua, llevaba cilicio y se acostaba en un lecho de ceniza; el único goce que se permitía era la lectura de los libros sagrados, que hacían sus delicias, así como la de los Padres griegos y latinos. Jamás profirió mentira ni palabra malévolas; en la conversación de los demás no buscaba más que ocasiones de edificación, y no sufría la maledicencia en torno suyo. Aquel corazón tan enamorado de Dios había quedado abierto a todos los afectos legítimos; se desconsolaba con las contiendas de la familia real, ro-